

DISCURSOS

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. JAIME A. VIÑAS ROMAN, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN EL ACTO ACADEMICO EN EL QUE SE LE OTORGO UN MERECIDO RECONOCIMIENTO A UN GRUPO DE PRESTIGIOSOS ACADEMICOS QUE SIRVIERON A LA INSTITUCION.

Señoras y señores:

Cada vez que la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña celebra una de sus fechas magnas, como la que acaba de marcar el décimo sexto aniversario de su fundación, todos los que estamos comprometidos con encaminarla cada día por senderos más amplios y luminosos, hacemos un alto en el cumplimiento de los diversos y agobiantes deberes que la institución nos impone, para reverenciar con un ¡SALVE! a nuestra bienamada Alma Mater.

Al mismo tiempo, hacemos provecho de tan feliz circunstancia para mirar con los ojos del alma las vivencias pasadas, y recorrer con éstas los abruptos caminos ya andados. Entonces sentimos que, a ratos, estamos, como en los versos del Dante inmortal, "en una selva obscura"... Y otras veces, al borde de insondable precipicio.

En esos instantes es cuando aparecen en la pantalla del recuerdo los rostros luminosos de aquéllos que, en una forma u otra, tendieron sus manos a la Institución para sacarla de esa selva oscura, o evitar su caída en el abismo.

A esa pléyade de hombres y mujeres: profesores, estudiantes, empleados, patrocinadores y, en fin, amigos de la Universidad, compromisarios todos de esta bella realidad que es hoy la UNPHU, debemos la permanente gratitud que hace posible los actos solemnes como éste.

Honar, honra; se se dice con mucha propiedad... Pero cuando los honores se disciernen en fecha tan fausta como la que estamos celebrando en la ocasión, ese honrar y esa honra, se magnifican, haciéndose más significativos.

Las instituciones, como los hombres, tienen su historia, puesto que éstas son el reflejo de la identidad de las personas que la integran, conscientemente proyectada con fines determinados. Esa constante proyección va dejando su impronta imborrable en el pasado, es decir, su historia.

La historia de nuestra Universidad, aunque muy corta en el tiempo, está, pues, inscrita en las huellas de los que actuaron en su seno, sobre todo aquellas huellas que, por el peso con que fueron impresas, permanecerán por siempre imborrables.

Ahí están, frescas todavía, las huellas de un Doctor Miguel Piantini, fallecido cuando aún brindaba a la UNPHU su asesoría en asuntos académicos, quien fuera Profesor de Neurología de varias generaciones y que, al par de científico profundo, fue un humanista de relevantes méritos, como lo muestran sus trabajos de investigación lingüística y su impecable manejo del idioma.

Ahí está también la huella indeleble que en nuestra historia reciente marcó el incesante quehacer docente y administrativo del desaparecido profesor Joaquín Salazar, cuya capacidad intelectual en las ciencias jurídicas y en las áreas humanísticas, lo sitúan en los más elevados estratos de la cultura, y a quien la muerte sorprende en los momentos en que, conjuntamente con ese quehacer docente y administrativo, se encontraba inmerso en apasionantes investigaciones de nuestra Historia Patria.

Idéntica incidencia podemos encontrar en los demás miembros de nuestro personal docente, ya fallecidos, a quienes póstumamente estamos honrando hoy, como en la meritoria labor que tanto en las aulas, como en los talleres de la Facultad de Arquitectura y Artes, desarrollara el arquitecto Manuel Baquero Ricart, profesional que supo conjugar a perfección, los rigores de la praxis científica con la libérrima expresión de un espíritu eminentemente artístico.

Así también hallamos las huellas profundas y claras de un profesor Antonio Paredes Mena, maestro por vocación irreductible que no supo, durante el curso de toda su vida, de otra actividad que no estuviera ligada íntimamente al quehacer magisterial.

No menos relevante es la impresión que deja, en el tiempo relativamente corto en que estuvo en esta Casa, la profesora Antonia Ramírez, socióloga de buenos quilates a quien la muerte prácticamente arrancó del aula y de su mesa de trabajo en nuestro Departamento de Investigaciones Sociales. Aquejada por dolencia fatal, se mantuvo hasta el final dando de sí todo el caudal de sus múltiples conocimientos teóricos y prácticos. Para todos ellos ningún reconocimiento es más expresivo y merecido que la investidura de "Profesor Emérito Póstumo", que la Universidad hoy les otorga.

Estamos igualmente honrando a tres de nuestros profesores que, después de ofrecer a la Universidad, desde el instante mismo de su fundación, lo mejor de su sabiduría y sus más empeñosos esfuerzos en la organización y funcionamiento de sus áreas respectivas, han debido abandonar las aulas por circunstancias de fuerza mayor: Me refiero a los profesores Ambrosio Alvarez Aybar, Félix Veloz Saldaña y Santiago Escoval Reyes. Estos tres distinguidos exponentes del magisterio nacional, con méritos excepcionales alcanzados en el curso de su larga vida magisterial, reciben hoy el reconocimiento a que se han hecho acreedores, mediante su investidura con la calidad de Profesores Eméritos.

Hagamos, pues, propicia la ocasión para unirnos todos en un cordial abrazo de congratulación con nuestros homenajeados

presentes, mientras elevamos el pensamiento hasta aquéllos que, póstumamente, han recibido el reconocimiento que se ganaron en vida.

Muchas gracias.